

## CAPÍTULO 22

### Comer y sanar, todo es empezar. Los últimos manjares de don Francisco Torquemada

ALBERTO MAFFINI  
*Università degli Studi di Milano*

Casi al final de su trayectoria vital y social, el usurero más famoso de la literatura decimonónica se encuentra en condiciones bastante críticas. El largo proceso de refinamiento de sus costumbres, la expansión desmedida de sus riquezas, y las pretensiones mundanas de su esposa y de su cuñada han comportado un derroche considerable de energías para hacer frente a nuevas y cada vez mayores preocupaciones, lo que ha terminado por acabar con su salud, forjada en el acero de la pobreza y de la estrechez<sup>1</sup>.

*Torquemada y San Pedro* es el título que Galdós da a la novela que constituye el último capítulo de las andanzas del usurero homónimo, apuntando, con la mención del guardián de las llaves del Paraíso, al necesario balance que este tendrá que hacer sobre su vida. La nueva condición de noble, debida a la adquisición del título de Marqués de San Eloy y a su instalación en el palacio de Gravelinas, parece no sentarle nada bien a Torquemada, al que ya desde el principio la servidumbre atribuye gustos afines a los propios: «Es hombre,

---

<sup>1</sup> Lo mismo nota Rudulian, que sobre el despreciable ejercicio de la usura así se expresa: «un oficio que hace al que lo practica correr lo que puede llamarse riesgos profesionales que van hasta la pérdida de la calidad humana». Rudulian, Dimitri, «Torquemada, un usurero atípico», *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1990, págs. 497-501.

como quien dice, de principios bastos, y por él, comería como un pobre. Come a lo rico porque no digan»<sup>2</sup>.

«¡Qué daría el usurero para devorar con ellos pan y unas “miserias” de lengua trufada!»<sup>3</sup>; un alimento que une emblemáticamente el mundo de la servidumbre (a través del empleo del término «miserias») y el de los ricos (la lengua trufada, alimento elaborado y, por lo tanto, noble)<sup>4</sup>. Es más: este plato, al constituirse básicamente de una porción de menudencias vacunas, unas de las pocas carnes lícitas al pueblo hebraico<sup>5</sup>, parece apuntar al origen judío del personaje, nunca afirmado abiertamente pero constantemente insinuado<sup>6</sup>. Se debe también a su no tan oculta heterodoxia religiosa pues, que la mayor preocupación de la cuñada de Francisco Torquemada, Cruz del Águila, consista en procurar la salvación del alma de este, a través de los oficios del padre Gamborena, el San Pedro de la novela.

El primer encuentro entre los dos se produce alrededor de la mesa; con gusto Gamborena está dando buena cuenta de su desayuno, «un tazón de café riquísimo con escolta de tostaditas de pan y manteca»<sup>7</sup>, mientras Torquemada está, como siempre, imposible, después de haber pasado otra noche en vela. El juicio que Torquemada expresa sobre su salud no deja lugar a dudas: «No la tengo buena, ni medio buena. Yo era un roble, de veta maciza y dura. Siento que me

<sup>2</sup> Pérez Galdós, Benito, *Torquemada y San Pedro*, en *Las novelas de Torquemada*, Madrid, Alianza, 1998, pág. 483.

<sup>3</sup> *Ibíd.*

<sup>4</sup> Urey, Diane F, «Identities and Differences in the “Torquemada” Novels of Galdós», en *Hispanic Review*, 1985, vol. 53, núm. 1, pág. 49. Podría debatirse sin embargo la pertenencia de la lengua al mundo de las comidas propiamente carnívoras. En el *De honesta voluptate et valetudine* de Platina, por ejemplo, la lengua se trata con anterioridad respecto al apartado de las carnes, junto con las cabezas, las tripas y las salchichas. Platina, *Il piacere onesto e la buona salute*, a cura di Emilio Faccioli, Torino, Einaudi, 1985, IV.111 y 112, pág. 95.

<sup>5</sup> La lengua aparece en varias ocasiones en el libro *Mangiare alla giudia*, del rabino Ariel Toaff. Aquí se subraya la continua presencia de la lengua en los recetarios hebraicos durante tres siglos, desde la lengua ahumada descrita en el banquete del guerrero Pulicane, protagonista del poema caballeresco *Bovo de-Antona* de Elia Levita, escrito en Padua en 1507, hasta la *lingua salmistrata* (es decir, escabechada) que se sirvió en ocasión de las bodas del rico Angelo da Rieti con Diana, hija de otro facultoso banquero toscano, en Montalcino en el invierno 1543, y por último en el *Sefat leshon ha-kodesh*, manual de conversación decente escrito por Leon Reggio en 1860, que incluye la lengua, junto con el jamón de oca, en una posición privilegiada al final de la comida, como una golosina irrenunciable. La lengua aparece también en algunas canciones en verso dedicadas al carnaval hebraico, la fiesta de Purim: el *Shir naè* (canción gentil) y *La sparsciandata*, en un elenco de manjares y *Delicatessen* que reúnen la excelencia de la cocina judía. Toaff, Ariel, *Mangiare alla giudia*, Bologna, Il Mulino, 2000, págs. 125-127 y págs. 166-173.

<sup>6</sup> «There are a number of subtle indications that Torquemada may be a *converso*. Though no strict historical evidence exists, it has generally been suspected that Tomás de Torquemada, the founder of the Inquisition and, by allusion, the protagonist's prototype, was of Jewish lineage. Should Galdós's readers miss this connection, they will find it in the implicit identification between usurer and Jew in Spanish society, an association made even more explicit by Galdós's use of the slang word “judío” in reference to Torquemada» Sherzer, William, «Narrative Play and Social Context in “Torquemada en la Hoguera”», *Anales Galdosianos*, 1988, XXIII, pág. 67.

<sup>7</sup> Pérez Galdós, B., *ob. cit.*, pág. 488.

vuelvo caña, que me zarandea el viento, y que la humedad empieza a pudrirme de abajo arriba»<sup>8</sup>.

Cabe entonces preguntarse: ¿qué enfermedad padece Torquemada? Todos los síntomas parecen apuntar a un cáncer del aparato digestivo, y, más en concreto, de la parte terminal del esófago: una enfermedad que aún hoy es difícil de diagnosticar tempranamente, y con un índice de supervivencia muy bajo<sup>9</sup>. La novela entera está repleta de diagnósticos y figuras de médicos: entre ellos destacamos el doctor Quevedo, el médico particular del palacio de Gravelinas, y Miquis, el más famoso galeno del mundo galdosiano y además yerno de Torquemada, después de haberse casado con la hija de este, doña Rufina. Es con la agonía de Fidela, la segunda mujer de Francisco y hermana menor de Cruz, que empezamos a familiarizarnos con términos como *digitalina*, *éter*, *depresión cardíaca*, que demuestran el buen conocimiento que Galdós tenía de la materia médica<sup>10</sup>.

El fallecimiento de Fidela será el detonante de la crisis física que padece Torquemada después de organizar el sombrío y grandioso entierro de su esposa. Los síntomas que el narrador pone de relieve son: «abombamiento de la cabeza», «la pérdida casi absoluta de la memoria después de comer», «los vértigos que inesperadamente le acometían»<sup>11</sup>. Ya con estas notas queda claro que el problema reside en el aparato gástrico: la restricción progresiva del conducto esofágico debida al tumor dificulta el tránsito del bolo alimenticio, causando una disfagia que va a dejar al cuerpo sin los elementos nutritivos necesarios para su funcionamiento<sup>12</sup>.

Sin embargo, Torquemada «más atención que al médico, prestaba a los amigos que le recomendaban este y el otro específico»<sup>13</sup>. Una peligrosa tendencia a la auto-diagnosia que nos resulta más que familiar en esta época de consulta médica en Internet. Al trastorno físico, Galdós une sabiamente los síntomas de un empeoramiento de su situación emotiva: el mal genio de Torquemada afectaba a todos los que tenían trato con él, a los que el usurero llamaba ladrones, bandidos y charlatanes.

No tardan en delinarse los primeros intentos de sanar esta «debilidad de estómago»<sup>14</sup> a través de la ingesta de sustancias provechosas: así vinieron «jugos de carne, gelatinas y caldos suculentos» y «buenos vinos, mezclados con extractos de carne», que después de un pasajero efecto benéfico, dejaban a Torquemada con «horribles dispepsias, indigestiones y cólicos que le ponían a morir»<sup>15</sup>.

<sup>8</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 491.

<sup>9</sup> «Despite treatment improvements, early diagnosis is difficult and the first-year survival rate remains low at 10-13%.» Umar S.B.; Fleischer D.E., «Esophageal cancer: epidemiology, pathogenesis and prevention», *Nature Clinical Practice Gastroenterology & Hepatology*, 5, 2008, págs. 517-526.

<sup>10</sup> Turner, H. S. «Creación galdosiana en el marco de la medicina», *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Madrid, Castalia, 2000, vol. II, págs. 441-447.

<sup>11</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 567.

<sup>12</sup> Cfr. <http://www.airc.it/tumori/tumore-all-esofago.asp>.

<sup>13</sup> *Ibíd.*

<sup>14</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 568.

<sup>15</sup> *Ibíd.*

La muerte de Fidela causó también la instalación de un nuevo orden en la casa: ahora Torquemada tenía que aceptar la paz forzosa con su cuñada, que nuevamente había vuelto a ser, si es que en alguna ocasión había dejado de serlo, la dueña indiscutible de la vivienda. A ella atribuye el usurero la causa de su malestar, especialmente en lo que se refiere a la comida que se dispensa en el palacio: «¿Cómo he de tener salud, con los condumios de esta casa, que harían perder el apetito a una pareja de heliogábalos?»<sup>16</sup>. La solícita Cruz, que fuera de la puerta del cuarto había escuchado esta confesión a solas, protesta humildemente defendiendo la conducta de la cocina, que se había mantenido igual: «Pero si no hemos cambiado de cocinero, y las condiciones son las mismas. Eche usted la culpa a su estómago, que ahora está de malas, y si quiere curarlo, clame contra sus berrinches antes que contra las comidas, que son excelentes. Pero se variarán todo lo que usted quiera. Dígame lo que apetece, y su boca será servida»<sup>17</sup>.

Ya Torquemada empieza a desconfiar de sus capacidades para recuperar la salud, acabando por admitir que «todo me repugna, hasta el vino con jugos que inventé, y que es el brebaje más indecente que ha entrado en boca de cristianos!»<sup>18</sup>. Pasamos nuevamente por alto la ironía que se produce cada vez que el blasfemo Torquemada se autodefine como cristiano, y nos centramos en las consecuencias directas de esta admisión. Ni el padre Gamborena, con sus palabras suaves, ni la adorada (más en palabras que en sentimientos) hija Rufina consiguen amansarle, sobre todo mientras los ataques de la enfermedad se vuelven más y más rabiosos, hasta que la gran idea le atraviesa la mente: «¡Me están envenenando! ¿Quién es el criminal? No quiero pensarlo... Pero el cómplice es ese Chatillón indecente y cochino, ese cocinero de extranjis...»<sup>19</sup>.

Torquemada combate, duda de sus mismos razonamientos, pero después de una noche llena de congoja, la visión de la maldita taza de chocolate por la mañana se le presenta insufrible, y hace que tome una decisión radical y definitiva: sale de casa para buscar alimentos más gratos a su paladar, y también más seguros. Al principio, todo parece presentarse de la mejor manera: es una mañana despejada, e incluso se siente con fuerzas suficientes a andar por los alrededores de la Virgen del Puerto, despertando de esta manera el tan deseado apetito.

En su imaginación se presentan las comidas más típicas del pueblo: «unas buenas sopas de ajo, o un arroz con bacalao», «un plato de callos o unas magras con tomate»<sup>20</sup> en directa oposición al chocolate de su cocinero Chatillón. Se recurre a la comida más típicamente española contra los inventos gastronómicos franceses. La evocación de Madrid en los platos corresponde en el plano espacial a la bajada del protagonista a los barrios populares que habían servido de escenario a *Torquemada en la Hoguera*, la primera novela de la serie, en los tiempos de su juventud. Sin embargo, no hay en él, en principio, el deseo de mezclarse con el

<sup>16</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 591.

<sup>17</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 592.

<sup>18</sup> *Ibíd.*

<sup>19</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 596.

<sup>20</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 600.

vulgo: al fin y al cabo, «siguió acordándose de que era prócer, ricacho, y que no estaban bien las familiaridades con aquella gente»<sup>21</sup>.

Tal disposición de ánimo muda radicalmente al entrar Matías Vallejo en la escena. Él es un hombre extraordinario en muchos sentidos, pues fue el único que tuvo la osadía de subir al palacio de Gravelinas de aquellos barrios infames, donde antaño había conocido a Torquemada, para pedirle una ayuda económica que, en un caso más único que raro, le fue concedida sin intereses. Su aspecto bonachón y despreocupado parece confirmar a Torquemada en la idea que él tendría la receta para sus males, y por eso decide entrar para almorzar en su tienda.

La taberna entera se emociona al disfrutar de un huésped tan ilustre, aunque Torquemada rechace, después de la significativa evocación de las perdices de la fábula, tan necesarias y coherentes con este evento tan singular, la primera ofrenda real de viandas: un cochinitillo. Nuevamente, es muy probable que este rechazo se produzca con motivo de antiguos y no del todo superados tabúes alimentares, además de que estaba muy claro en las creencias populares que las carnes de cerdo eran algo difíciles de digerir<sup>22</sup>.

<sup>21</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 602.

<sup>22</sup> Recordamos la conocida prohibición bíblica: «De todas las bestias que hay en tierra firme, éstos son los animales que ustedes podrán comer: los rumiantes que tienen la pezuña partida en dos. Hay, sin embargo, rumiantes que no tienen la pezuña partida. De esos animales no podrán comer los siguientes: [...] El cerdo, porque tiene la pezuña partida en dos pero no es rumiante; este animal será impuro para ustedes» (Lv 11,2-4.7). Normalmente, la vulgata popular motiva esta prohibición con razones relacionadas con el higiene: no es así, pues la cuestión está relacionada con la «imperfección» del animal. Al no ser tan fácil detectar si el animal era rumiante —y, por eso, lícito— o no, se asoció esta característica con la conformación bipartida de las pezuñas. El cerdo es una excepción, por ser omnívoro, a esta regla que prevé que todos los animales rumiantes tengan la pezuña partida en dos, y por lo tanto, es un animal «imperfecto». V. Soler, Jean, «Le ragioni della Bibbia: le norme alimentari ebraiche», Flandrin, Jean Louis, *Storia dell'alimentazione*, Roma-Bari, Laterza, 1990, págs. 46-55.

Cabe además señalar la presencia de una corriente desfavorable al cerdo en las prescripciones alimentarias, que desde el Renacimiento remontan hasta la edad clásica: «Sia fresca sia salata, la carne di maiale è tuttavia pericolosa e dà luogo a umori cattivi, come scrive Celso» (*De Medicina*, II, 21.1) in Platina, ob. cit., pág. 54. Esto no impide que el mismo Platina en su obra incluya el cerdo en el apartado de los alimentos más básicos, junto a la miel, la leche, el queso... y no con las demás carnes (el buey, la vaca, el conejo, la oveja, etc.). Quizás esto se deba a la peculiar posición del cerdo en la pirámide alimentaria: era pues el término mediano entre las verduras y el pescado y las carnes, siendo a menudo la única accesible al labrador glotón. V. Grieco, Allen J., «Alimentazioni e classi social nel tardo Medioevo e nel Rinascimento in Italia», in Flandrin, Jean Louis, ob. cit., págs. 371-380.

Un último argumento que explique el desarrollo del tabú de la carne de cerdo lo ofrece Gianpaolo Buzzi, reanudando el hilo de siglos de prohibiciones y supersticiones, y motivándolos con una común raíz psicológica: «Il cacciatore dopo aver ucciso la preda si cibava di essa per incorporare così la sua forza, il suo coraggio, la sua astuzia. Non cibarsi del maiale diventa quindi il mezzo per evitare di nutrire la “maialità” dell'uomo [...] Il divieto di mangiare la carne del suino rappresenta in ultima analisi l'emancipazione dell'io vigile, della Corteccia dal cervello mammifero e rettile: i muscoli obbediscono così alla volontà». Buzzi, Gianpaolo, «L'animale immondo», *Processo al maiale*, a cura di Angelo Beretta, Monbosco, Università degli Studi di Pavia, 2002, págs. 47-50.

Después de una sumaria limpieza de la mesa, realizada «con el delantal verde», y haber sacado del arca «manteles y servilletas de gusanillo, [...] pues el servicio de la taberna no era para tan gran personaje»<sup>23</sup>, asistimos a la primera contratación sobre el menú. Matías ofrece «chuletas de cerdo, de ternera, lomo adobado, aves, besugo, jamón, cordero, calamares en su tinta, tostón, chicharrones, sobreasada, el rico chorizo de Calendario»<sup>24</sup>, en un triunfo de grasas y proteínas que deberían representar la excelencia de la comida popular en el Madrid del siglo XIX. Pero a otro lado van los deseos de Torquemada, a «una cosa que he visto en tu vidriera y que me entró por el ojo derecho cuando la vi. Es un antojo»<sup>25</sup>. Se trata de judías, judías estofadas. Este plato es tan popular que Matías quisiera integrarlo con «una tortilla con jamón, y luego unas magras...»<sup>26</sup> pero don Francisco solo tiene mente de momento a sus judías, que con solo probarlas le han de parecer el alimento mejor que había ingerido en mucho tiempo<sup>27</sup>.

Las judías tienen el efecto de abrirle el estómago e incitarle el apetito, y por eso muy pronto, con la oportuna exclusión de las carnes «del “de la vista baja”»<sup>28</sup>, Torquemada se adentra en un torbellino de sabores: «tortilla de jamón o chorizo de lo bueno, un Valdepeñas añejo que hablaba a Dios de tú y chuletas de ternera como ruedas de carro y bien asaditas, con su albarde de tomate»<sup>29</sup>.

Se trata una vez más de un menú popular, rico en calorías y nada parecido a los consejos dietéticos que hoy en día se dan para evitar la insurgencia de la enfermedad que Torquemada padece<sup>30</sup>. Sin embargo, esta asunción exagerada de calorías no cesa de tener otro efecto inmediato sobre el personaje y sus relaciones, tal y como ya habían notado otros estudiosos en el caso de Fortunata<sup>31</sup>, de manera que de nuevo el marqués va avecindándose al pueblo. Así puede en-

<sup>23</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 605.

<sup>24</sup> *Ibid.*

<sup>25</sup> *Ibid.*

<sup>26</sup> *Ibid.*

<sup>27</sup> Es otra vez notable y sin duda significativa la elección de este plato para empezar el banquete, con la reveladora homofonía entre «judía», el plato de legumbres que tan intensamente desea Torquemada, y «judío», conectado con su probable origen converso y su actividad de usurero. Tan típica era la presencia de legumbres (y no solo judías) en la dieta sefardí que en los registros de la Inquisición así se registraba una receta sospechosa, la del *hamin (ani)*, que podía delatar a algún converso todavía aficionado a sus costumbres: «Cossa caliente, que se acostumbraba a hacer con carne gorda, garbanços, fabas, judías, huebos duros, y de otro cualquier legumbre; lo qual todo cocia toda la noche de el viernes, porque los judíos el sabbado no poden guisar de comer», Santa María, Ramón, «Ritos y costumbres de los hebreos españoles», in *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1893, XXII, pág. 188.

<sup>28</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 606.

<sup>29</sup> *Ibid.*

<sup>30</sup> «The findings of the meta-analysis reported here show that individuals in the highest group of red meat or processed meat consumption have about a 40% higher risk of developing EC than those in the lowest intake groups», Salehi Mariam et al., «Meat, fish, and esophageal cancer risk: a systematic review and dose-response meta-analysis», *Nutrition reviews*, 2013, vol. 71, núm. 5, pág. 264.

<sup>31</sup> De Gregorio, Alicia, «La comida y sus funciones sociales, afectivas y comunicativas en *Fortunata y Jacinta* de Benito Pérez Galdós», en *Fronteras finiseculares en la literatura del mundo*

tonces la taberna paulatinamente llenarse de curiosos, mientras que, como en un extraño gabinete de psicoanálisis, Torquemada va sacando los argumentos que más le hacen sufrir: la nostalgia por su mujer Fidela, prematuramente fallecida, la preocupación por la falta de concordia entre las clases sociales, pero sobre todo formula unas consideraciones sobre la condición de la cuñada, Cruz del Águila, que padece una inesperada transformación, acabando por encarnar los máximos ideales de perfección y santidad femenina.

Este singular aprecio se debe a la feliz condición que Torquemada está experimentando con su tripa finalmente llena, y que le otorga una actitud jovial y positiva. Aunque al final, a pesar de este efímero sosiego, no tardan en intuirse los efectos que tanta abundancia ha de tener en su cuerpo, pues la expresión «de aquí no me movería, si no me llamaran a otra parte los mil asuntos que tengo que “ventilar”»<sup>32</sup>, tiene un doble significado: actualiza la presencia inminente de las preocupaciones de cada día y, en sentido más vulgar, la necesidad de vaciar el aire que se ha alojado en su estómago.

Desafortunadamente, la taberna, sus dueños y sus huéspedes no pueden aceptar el deseo de Torquemada de abandonar el banquete. Al contrario, se renuevan las invitaciones a comer, según aquellos preceptos, institucionalizados desde la Edad Media, que imponían el ofrecimiento de comida abundante y sabrosa<sup>33</sup>. En torno a la mesa ya no es Torquemada quien manda, sino los clientes y dueños de la taberna, que desean con mucho cariño y curiosidad investigadora probar y experimentar sobre él los distintos efectos de la comida.

Se le ofrece besugo, y besugo come, mientras que los capones los rechaza, «porque verdaderamente sentía un peso en la barriga que le inquietaba», creyendo que bastara con una «jugosa y bien aliñada ensalada de lechuga»<sup>34</sup> y varias copas de vino para ponerse sano. Hay que subrayar la hipocresía implícita en la asunción de una comida herbívora y dietética, la ensalada, como si fuera la panacea de todos los males; una actitud que aún hoy en día podemos comprobar en nuestras mesas.

El fin de esta comida pantagruélica deja en herencia a Torquemada una pesadez de estómago que le obnubila los sentidos, y que se intenta sanar a través del anís y del café de rito. Es importante notar cómo ya se han borrado del todo las distinciones sociales: Matías Vallejo así se expresa mientras va dando palmetazos

*hispanico (XVI Simposio Internacional de Literatura)*, coord. V. Granados Palomares, Madrid, UNED, 2000, págs. 87-94.

<sup>32</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 610.

<sup>33</sup> «Gli ordinamenti di taverna e i giuramenti dell'arte degli osti, che cominciarono a diffondersi nello stesso periodo in tutta l'Europa meridionale, occidentale e centrale, diventando nel corso del Basso Medioevo via via più minuziosi, ribadirono ogni volta, e sotto minaccia di forti ammende, l'obbligo di tutti gli osti di accogliere benevolmente tutti i clienti, animali da sella e da tiro compresi, e di sfamarli in maniera consona alla loro estrazione sociale e soddisfacente sia per quantità che per qualità.» Peyer, Hans C., *Viaggiare nel Medioevo: dall'ospitalità alla locanda*, Bari, Laterza, 1990, pág. 252. Naturalmente, la condición nobiliaria de Torquemada imponía para él un tratamiento especial.

<sup>34</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 611.

en la espalda del marqués para facilitarle la digestión: «Paquillo, ¿qué es eso? ... So bruto... ¡Si no es más que jinojo del viento!... Échalo, échalo pronto, con cien mil pares de bolas... ¡Arreando!»<sup>35</sup>.

De poco sirven estas groseras solicitudes, y mientras siguen las apneas y la confusión general del pensamiento, vuelven a presentarse en la mente de Torquemada los dos mayores problemas que tenía: su cuñada Cruz, que había vuelto a la dimensión habitual de criatura infernal, y su aliado angélico, San Pedro, *alias* el padre Gamborena, que tantas amenazas había vertido sobre el destino ultraterreno del alma de don Francisco. Las preocupaciones terrenales y espirituales se unen entonces para derribar a Francisco de Torquemada, Marqués de San Eloy, que termina echando en el suelo de la tienda, en medio de convulsiones terribles, todo lo que había comido hasta aquel momento.

Lo primero que se le ofrece a Torquemada, una vez que se ha recompuesto un poco, es la proverbial taza de té, bebida que se tenía casi por milagrosa y muy provechosa para la salud<sup>36</sup>. Sin embargo, a estas alturas Matías Vallejo no parece ya tan contento de tenerlo en su casa, pues teme que el usurero encima se le muera, y procura hacer todo lo que está en sus manos para que vuelva cuanto antes a su propio domicilio. El mismo Torquemada, después de haber recobrado un mínimo de espíritu, demuestra el cambio de temperamento que le ha afectado, volviendo a derrochar disparates en la tertulia. Ahora identifica de nuevo el estómago como causa de todos sus males, personificándolo y haciéndole reproches con estas palabras: «A este señor estómago le meto yo en cintura pronto, y si no quiere por la buena, por la mala. [...] os diré que como este órgano mío *persevere en su campaña demoledora*, yo lo arreglaré por el procedimiento de gobierno más sencillo y eficaz... ¿Qué creen ustedes que haré? Pues no comer»<sup>37</sup>. Una vez más Galdós da en el blanco con la recreación de una de las más comunes reacciones a la enfermedad: «The psychological aspects of the disease can manifest as depression, anxiety, and fear, and can contribute to decreased caloric intake. [...] Mechanical causes [of malnutrition] include dysphagia, food avoidance, and diet change to avoid foods known to cause dysphagia»<sup>38</sup>.

El sufrimiento ha podido entonces revolucionar la idea originaria del gran enfermo: pasando de un extremo a otro, ahora se propone una anorexia que

<sup>35</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 612.

<sup>36</sup> «Al tempo di Anna, la duchessa di Bedford (1788-1861), gli inglesi facevano ricche colazioni, generalmente accompagnate dal tè, a pranzo uno spuntino alla buona, e aspettavano fino alle otto di sera per la cena, dopo la quale di nuovo prendevano il tè. Anna era uno dei tanti soggetti a sonnolenza pomeridiana. Per rimediare a ciò che lei definiva «un senso di cedimento», si tramanda che abbia ordinato ai suoi servi di portarle alle quattro del pomeriggio un vassoio con tè, pane, burro e torta. Questo piccolo pasto servì a ridestarla con tanta efficacia che da allora si impegnò a diffonderne l'uso tra gli amici e i conoscenti dell'aristocrazia». Weinberg, Bennett A., Bealer, Bonnie K., *Tè, caffè e cioccolata, I mondi della caffeina tra storie e culture*, trad. Giovanni Tarantino, Roma, Donzelli, 2002, pág. 198.

<sup>37</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., págs. 616-617.

<sup>38</sup> Miller, Keith R., Bozeman, Matthew C., «Nutrition Therapy Issues in Esophageal Cancer», *Curr Gastroenterol Rep*, 2012, 14, pág. 358.



pocas esperanzas tiene de ser eficaz, si después de haber llegado a su casa y ser depositado en su cama, casi como objeto inanimado, Quevedo, el médico de su palacio, le apostrofa diciendo: «Muerto no..., pero de esta no sale»<sup>39</sup>.

Y efectivamente, poco beneficio en el plano físico le ha aportado a Torquemada su escapada a la taberna de Matías Vallejo. Aún en la cama, recuperándose del ataque que había sufrido, nos da otra muestra más de la volubilidad de su espíritu, así encomendado a la cuñada Cruz: «Lo único que recomiendo a usted es que vigile a los cocineros y marmitones, porque... podría írseles la mano en el condimento, y resultar algo que me envenenara... *en principio, por decirlo así*. No, no digo yo que me envenenen *de motu proprio*, como aquel pillo de Matías Vallejo, y los gansos de sus amigos, que a la fuerza me atracaron de mil porquerías...»<sup>40</sup>.

Muy mal pago recibe entonces en la consideración de Torquemada la solitud del humilde tabernero, pero así tenía que ser, pues la operación de rescate del usurero de su enfermedad no había salido según sus deseos. Otro rescate mucho más importante es el que va a intentar ahora el padre Gamborena en las pocas páginas que nos separan del final de la novela: quiere salvar el alma de Torquemada, nada menos. El rápido declinar de la salud de don Francisco, amén del pánico en que lo envuelve, no logra sin embargo obtener que su mente deje de pensar de forma económica, y que configure la salvación de su alma como la última y más importante contratación de su vida<sup>41</sup>.

Las viandas que le acompañan hasta el momento del tránsito son «*champagne* helado, *consommé* helado, único alimento posible»<sup>42</sup>. Pero es otra comida sobrenatural que brama el usurero, y finalmente se la dan, en una atmósfera de solemne emoción. El breve pero restaurador descanso que sigue a la suministración del *viático*, alimento a la vez material y espiritual, renueva las esperanzas de salir de alguna forma de la enfermedad: «Estoy mejor... Pero muy mejor... Probad a darme algo de comer, que... maldita sea mi suerte si no tengo un poquitín de hambre»<sup>43</sup>. Vuelve así a comer, aunque el menú no se presente muy variado: «un *consommé* riquísimo, del cual tomó algunas cucharadas, y encima un trago de jerez»<sup>44</sup>, recobrando energías suficientes para dictar su testamento con tranquilidad y exponer la última, grandiosa idea económica que le había atravesado la mente: la conversión de la deuda exterior del estado en interior.

En ocasión del último ataque del cáncer el narrador nos ofrece una sintomatología ejemplar: «presentáronse vivos dolores en el vientre, que le hicieron

<sup>39</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 618.

<sup>40</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 623.

<sup>41</sup> Este proceso, de cosificación de lo divino, y deificación de lo material, lo han estudiado respectivamente H.B. Hall, «Torquemada: The Man and his Language», in *Galdós Studies*, ed. J. E. Varey, London, 1970, pág. 136-163 y G. M. Scanlon, «Torquemada: "becerro de oro"», *MLN*, 1976, vol. 91, núm. 2, págs. 264-276.

<sup>42</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 639.

<sup>43</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 644.

<sup>44</sup> *Ibid.*

prorrumpir en gritos descompasados, y encorvarse, y retorcerse, cerrando los puños y desgarrando las sábanas»<sup>45</sup>, que el usurero expresa a través de estas palabras: «*Heme aquí con ganas de comer, y sin poder meter en mi cuerpo ni un buche de agua, porque lo mismo es tragarlo, que toda la economía se me subleva, y se arma dentro de mí la de Dios es Cristo*»<sup>46</sup>. Poco durará la pícaro rebeldía de Torquemada, pero hasta el final su alma oscilará entre el deseo de salvarse y los vínculos económicos que le tenían firmemente anclado al mundo terrenal.

Termina la novela de *Torquemada y San Pedro*, y cabe preguntarnos si sigue válida la afirmación que provocativamente elegimos como título de este escrito: comer y sanar, todo es empezar. Pues la comida parece haber sido de poco provecho a don Francisco Torquemada, Marqués de San Eloy, para alcanzar su firme propósito de sanar. Pero hay que detenerse un momento. La ambivalente conclusión de la novela, con su insistente llamada al lector a considerar qué significado, si económico o espiritual, hay que atribuir a la palabra «Conversión», pronunciada a punto de morir por Torquemada, parece apuntar al papel decisivo de la voluntad a la hora de determinar el destino del individuo.<sup>47</sup> Y lo más sorprendente es que esta voluntad uno no la tiene en sí, pues lo demuestran todos los continuos fracasos del usurero para salvarse, solo, a sí mismo, sino que a menudo se ofrece a los arbitrios de alguna otra persona, ya sea el lector, el prójimo, o incluso el mismo Dios.

## BIBLIOGRAFÍA

- BUZZI, Gianpaolo, «L'animale immondo», in *Processo al maiale. Inchiesta semiseria su vita, morte e miracoli "dal nimál" bene o male fattore dell'umanità?*, a cura di Angelo Beretta, Monbosco, Università degli Studi di Pavia, 2002, págs. 47-50.
- DE GREGORIO, Alicia, «La comida y sus funciones sociales, afectivas y comunicativas en *Fortunata y Jacinta* de Benito Pérez Galdós», en *Fronteras finiseculares en la literatura del mundo hispánico (XVI Simposio Internacional de Literatura)*, coord. V. Granados Palomares, Madrid, UNED, 2000, págs. 87-94.
- GRIECO, Allen J., «Alimentazioni e classi social nel tardo Medioevo e nel Rinascimento in Italia», in Flandrin, Jean Louis, *Storia dell'alimentazione*, Roma-Bari, Laterza, 1990, págs. 371-380.
- HALL, H. B., «Torquemada: The Man and his Language», in *Galdós Studies*, ed. J. E. Varey, Londres, 1970, págs. 136-163.
- MILLER, Keith R. y BOZEMAN, Matthew C., «Nutrition Therapy Issues in Esophageal Cancer», *Current Gastroenterology Reports*, 2012, núm. 14, págs. 356-366.

<sup>45</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 653.

<sup>46</sup> Pérez Galdós, B., ob. cit., pág. 654.

<sup>47</sup> Esta misma ambivalencia final parece notar William Sherzer, aunque decida luego sacrificarla en el altar de una lectura demasiado canónica y centrada en el sistema de valores burgueses: «Death and succession in the *Torquemada* series», en *Anales Galdosianos*, XIII, 1978, págs. 34-41.

- PÉREZ GALDÓS, Benito, *Torquemada y San Pedro*, en *Las novelas de Torquemada*, Madrid, Alianza, 1998.
- PEYER, Hans C., *Viaggiare nel Medioevo: dall'ospitalità alla locanda*, trad. Nicola Antonacci, Bari, Laterza, 1990.
- PLATINA, *Il piacere onesto e la buona salute*, a cura di Emilio Faccioli, Torino, Einaudi, 1985.
- RUDULIAN, Dimitri, «Torquemada, un usurero atípico», en *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1990, págs. 497-501.
- SALEHI, Mariam *et al.*, «Meat, fish, and esophageal cancer risk: a systematic review and dose-response meta-analysis», en *Nutrition reviews*, 2013, vol. 71, núm. 5, págs. 257-267.
- SANTA MARÍA, Ramón, «Ritos y costumbres de los hebreos españoles», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1893, XXII, págs. 181-188.
- SHERZER, William, «Death and succession in the “Torquemada” series», *Anales Galdosianos*, XIII, 1978, págs. 34-41.
- «Narrative play and social context in “Torquemada en la Hoguera”», *Anales Galdosianos*, 1988, XXIII, págs. 67-72.
- SOLER, Jean, «Le ragioni della Bibbia: le norme alimentari ebraiche», in Flandrin, Jean Louis, *Storia dell'alimentazione*, Roma-Bari, Laterza, 1990, págs. 46-55.
- TOAFF, Ariel, *Mangiare alla giudia*, Bologna, Il Mulino, 2000.
- TURNER, H. S. «Creación galdosiana en el marco de la medicina», *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Madrid, Castalia, 2000, vol. II, págs. 441-447.
- UMAR S. B. y FLEISCHER D. E., «Esophageal cancer: epidemiology, pathogenesis and prevention», *Nature Clinical Practice Gastroenterology & Hepatology*, núm. 5, 2008, págs. 517-526.
- UREY, Diane F., «Identities and differences in the “Torquemada” novels of Galdós», en *Hispanic Review*, 1985, vol. 53, núm. 1, págs. 41-60.
- WEINBERG, Bennett A. y BEALER, Bonnie K., *Tè, caffè e cioccolata. I mondi della caffeina tra storie e culture*, trad. Giovanni Tarantino, Roma, Donzelli, 2002.

## SITOGRAFÍA

<http://www.airc.it/tumori/tumore-all-esofago.asp> (última consulta: 23/04/2014).

